

"Lo que puede un cura hoy"

(Meditación desde Marbella)

Por José M. GONZALEZ RUIZ

Tengo la pluma en mis manos, y aun dudando. No sé si lo que voy a hacer será traición.

Si, señores, traición de una confianza íntima de amigo, que he ido arrancando trozo a trozo en una conversación fraternal y aparentemente intrascendente.

A unos pocos kilómetros de Marbella he parado mi motorcito para que descansara recostado en la cuneta, mientras que se ampara de estos pinos exquisitamente aromáticos y arrullado por el leve mugido del Mediterráneo voy hilvanando en mi libreta estos apuntes al natural sobre lo que acabo de ver y oír en Marbella.

Los lectores de INCUNABLE recordarán que en el número extraordinario del verano escribí un artículo con este mismo título, pero hoy el subtítulo cambia: ya no es París, es Marbella, esta linda ciudad costera que hace honor a su propia etimología.

¡Qué alegría poder despertar de la pesadilla angustiosa del pesimismo encontrándose con el alba primaveral de realizaciones esperanzadoras y halagüeñas como la que apunta lozana en este recodo ideal del "Mare nostrum"!

Pero ¿qué pasa en Marbella? Pues... nada. Algo que pudiera pasar en muchos otros pueblos de España.

Don Rodrigo Bocanegra es el cura de Marbella. Y es... eso: un cura. Un cura como otro cualquiera. Todavía joven, pero ya con unos cuantos nombramientos de la Curia episcopal en su archivo histórico.

Don Rodrigo ha sido lo que muchos: coadjutor, cura de un pueblo pequeño, y ahora cura de un pueblo grandecito y arcipreste. Ni más ni menos. Eso lo es cualquiera.

Don Rodrigo llegó a Marbella lleno de ilusiones, no locas y fantásticas como las de los recién salidos del Seminario, sino serenas y maduras, como precipitado denso y seguro de veinte años de afanes sacerdotales.

Y ya en la homilía del primer domingo que pasó entre sus nuevos feligreses don Rodrigo, con timidez de incipiente, se atrevió a sugerir sus planes de apostolado social poniendo con ello el dedo en la llaga de aquella linda ciudad que cubría pudorosamente, como gran señora venida a menos, el hambre vergonzante de muchos de sus hijos.

Don Rodrigo no dijo cosas del otro jueves. Un proyecto sencillo, que él con celo y tenacidad y con la ayuda de Dios y de sus nuevos feligreses esperaba ver realizado en un plazo conveniente.

Al terminar la misa, se le acerca en la sacristía un señor alto y grueso, todavía joven, en sencillo traje de veraneante. Le estrecha la mano, se la besa respetuosamente, y lo felicita por lo oportuno de su intervención.

Don Rodrigo sonríe satisfecho y agradece la atención.

—¿Podré contar con mis nuevos feligreses?

—Seguramente. Al menos, por lo que a mí respecta, tiene usted a su disposición al Ministro del Trabajo.

Don Rodrigo abrió desmesuradamente los ojos como para cerciorarse de que no estaba soñando. Quedó estupefacto. No se lo imaginaba.

Una vez repuesto de su asombro, recobró su sonrisa de siempre y su dominio habitual, y siguió en animada conversación con su ilustre feligrés. Al fin y al cabo, él, como el cura, era el pastor de todos sus feligreses de todos por igual, y no tenía por qué aturdirse ante la categoría social de ninguno de ellos.

Aquella misma tarde, en la sencilla residencia veraniega del Ministro del Trabajo, don Rodrigo exponía sus planes sobre la creación de un patronato social que, valiéndose de una fácil industria artesana de esparto, remediaría en lo posible la situación de paro forzoso que convertía en horrible tragedia la vida de muchas familias humildes de la población.

—¿Y qué capital inicial necesitaría usted para la realización de su proyecto?

—Unas cien mil pesetas.

—Pues cuente usted, inmediatamente con medio millón.

(Continúa en la pag. 13.)

incunable

Periódico Sacerdotal - Universidad Pontificia - Salamanca

Núm. 37 - Febrero 1952 - Redacción: San Pablo, 17 - Administración: Compañía, 3 - Apartado 116

PRECIO DE SUSCRIPCION: 30 PESETAS

NUMERO SUELTO: 4 PESETAS



No olvidamos que a muchos de los lectores de este número les ponen en contacto con la miseria y el dolor casi continuamente sus propios cargos. Pero no a todos. Y por eso, quienes en la curia, en la cátedra, en la parroquia rica, en la capellania, ejercitan sus ministerios, pueden caer en la tentación de olvidar su existencia. Y, sin embargo..., el problema que estos dos chicos simbolizan, existe. Junto a nosotros, en las buhardillas, en esos tristes cinturones de las grandes ciudades, en esos míseros pueblos habitados por vecinos condenados a arañar unas miserables tierras, el problema existe, y deber nuestro es no olvidarlo. El problema existe..., y la solución, también. ¡Qué tristes esas películas recientes, como "Miracolo a Milano", "Los olvidados"... que plantean el problema, sin querer o sin poder solucionarlo! A nosotros no nos hacen falta las escobas de los barrenderos de Milán, ni siquiera dejar el ánimo del espectador oprimido por la angustia de haberse asomado a tragedias, al parecer, irremediables. Nos basta y nos sobra con la verdad. Acaso no nos damos cuenta bien de lo atroz que tiene que resultar para el ánimo de un hombre medianamente reflexivo no encontrar solución al problema fundamentalísimo del dolor humano. Esa solución que a nosotros se nos antoja tan clara, tan llana, tan sencilla. ¿Por qué el hambre? ¿Por qué el frío? ¿Por qué esos harapos? Sencillamente, porque ellos también, como hijos de Dios, pueden transformar todo eso en un tesoro inmenso e indefectible. Porque no es más que precio mínimo, efímero, de una eternidad sin medida, colmada de una felicidad inimaginable, pues "ni ojo vió, ni oído oyó, ni puede caber en el corazón del hombre lo que el Señor reservó para sus elegidos". En pie, pues, nuestra fe. Aprestémonos a mirar a través de las páginas de este número al mundo que, como triste consecuencia de un primer pecado, sufre, y sufre muchísimo. Y aprestémonos también a percibir con qué mimo, con qué afán tiende la Iglesia sus manos a cuantos el dolor ha visitado.

(Foto Lux.)

Un grupo de católicos chinos ha enviado al Padre Santo una bellísima carta, de la que transcribimos los dos últimos párrafos:

"Beatísimo Padre: La Iglesia en China ha entrado en una fase difícil y peligrosa. Los diarios siguen publicando calumnias contra la Iglesia. Prolongándose este período de tentaciones y amenazas, de la más cruda violencia, no nos atrevemos a pensar en el porvenir de los fieles. Confiamos en que Vuestra Santidad interceda ante Dios para que El perdone los pecados de nuestra amada China y nos dé su verdadera paz.

Grandísimo Papa: Aquí tiene todavía un grupo de hijos suyos, débiles e inexpertos, que quieren sacrificarse por la Iglesia. En todo momento estaremos dispuestos a ir a la cárcel y a derramar la sangre para dar testimonio de la verdad anunciada por Nuestro Señor Jesucristo. Suplicamos a Vuestra Santidad, Padre amabilísimo, se digne bendecir nuestros propósitos y rogar por nosotros, hijos débiles y pequeños de Vuestra Santidad." (FIDES.)

EDITORIAL

BENEFICENCIA

Tan fiel ha sido la Iglesia al mandato de su Fundador, que le dejó encomendados de una manera particular a cuantos en el mundo sufren, que si algo sobra cuando estábamos concibiendo este número eran temas para poder llenarlo. No para un número. Una revista que únicamente se ocupase de recoger cuanto la Iglesia hace en este campo no llegaría jamás a agotar los temas que se le irían ofreciendo.

Notemos ya desde el principio la espontaneidad con que la Iglesia acude a remediar el dolor. En cualquier sitio, ante cualquier situación, por inesperada y nueva que pueda ser, bajo todos los meridianos, en todos los rincones a donde de una manera u otra alcanza su acción, la Iglesia intenta pasar, tal como lo hizo su Fundador, "haciendo bien". Ya uno de nuestros colaboradores en el número que dedicamos a la Iglesia perseguida evocaba con diestra y emocionada pluma la actividad caritativa en los campos de concentración. En este número hemos recogido otras cuantas manifestaciones. Pero han quedado fuera necesariamente otras muchísimas. Lo que se hace por los pobres vergonzantes, la asistencia a los tuberculosos, el cuidado con los viejos, la enseñanza..., las maravillosas figuras de auténticos colosos de la caridad que el cristianismo ha ido ofreciendo a lo largo de los siglos..., los aspectos ascéticos de la labor benéfica..., serían incontables los temas, sugestivos a cual más, que se podrían haber tratado.

Empero, un aspecto ha habido del que no hemos querido prescindir. A saber: del papel del sacerdote. Detrás de casi todos los artículos aparece su figura como animador supremo del esfuerzo benéfico de la Iglesia.

En contacto con las almas que le llegan, cuando su puesto de trabajo es cualquiera de esos establecimientos donde la caridad se practica en grande escala: ¡triste resaca de lo que el mundo ya no quiere para sí y arroja a las playas de la caridad de la Iglesia!

Abrid, lectores, con veneración estas páginas. Son a la fin una rotunda manifestación de que aquella nota, la de santidad, con que Jesucristo quiso que se distinguiese a su Iglesia, continúa adornándola. Perdura y perdurará. Porque si El nos aseguró que siempre habrá pobres entre nosotros, ciertos estamos de que siempre también la Iglesia, por ser suya y por ser Santa, tendrá en ellos, como en tiempo de nuestro mártir San Lorenzo, sus mejores tesoros.

INCUNABLE